

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE 1 Y 2 PEDRO Y JUDAS

La vida cristiana y sus padecimientos (Mensaje 8)

Lectura bíblica: 1 P. 2:11-12, 18-25; 3:15; 4:1-4, 7, 12-16; 5:1-4

- I. El propósito de 1 Pedro es confirmar y fortalecer a los creyentes que están sufriendo; los padecimientos son usados para que ellos se armen con un modo de pensar que resiste la carne, a fin de que no vivan en las concupiscencias de los hombres sino en la voluntad de Dios (4:1-2), a fin de que puedan participar de los padecimientos de Cristo y regocijarse cuando Su gloria se manifieste (vs. 12-19), a fin de que sean testigos de los padecimientos de Cristo (5:1), y a fin de que sean perfeccionados, confirmados, fortalecidos y cimentados con miras a la gloria eterna a la cual Dios los ha llamado (vs. 8-10).
- II. Cristo, el primer Dios-hombre, y Su vida de padecimientos es un modelo para nosotros; es preciso que llevemos una vida que sea una copia, una reproducción de la vida de Cristo, lo cual únicamente es posible al disfrutarlo a Él como gracia en medio de nuestros padecimientos, de modo que Él mismo, como Espíritu vivificante, con todas las riquezas de Su vida, se reproduzca en nosotros—2:18-25:
 - A. En la vida de padecimientos que el Señor llevó, Él era un hombre de oración—Mt. 14:23; Mr. 1:35; Lc. 5:16; 6:12; 9:28; cfr. 1 P. 1:13; 4:7:
 1. Él era un hombre que era uno con Dios—Jn. 10:30.
 2. Él era un hombre que vivía continuamente en la presencia de Dios—Hch. 10:38c; Jn. 8:29; 16:32.
 3. Él era un hombre que confiaba en Dios y no en Sí mismo, en cualquier clase de sufrimiento o persecución que afrontara—1 P. 2:23b; Lc. 23:46.
 4. Él era un hombre en quien Satanás, el príncipe de este mundo, no tenía nada (no tenía ninguna base, ninguna

oportunidad, ninguna esperanza ni ninguna posibilidad de nada)—Jn. 14:30b.

- B. Puesto que los creyentes son los miembros de Su Cuerpo, Su reproducción masiva y duplicación, ellos copian al Señor en su espíritu, aprendiendo de Él según el modelo que les dejó, al tomar Su yugo (la voluntad del Padre) y Su carga (la obra que lleva a cabo la voluntad del Padre); este yugo es fácil de llevar, no es gravoso, y esta carga es ligera, no es pesada—Mt. 11:28-30; 1 P. 2:21; Ef. 4:20; 1 Co. 16:10.
- III. Cuando el Señor se ofreció a Sí mismo en sacrificio en la cruz, Él llevó nuestros pecados en Su cuerpo sobre la cruz, que era el verdadero altar de la propiciación; ahora, en Su resurrección, como el Cristo pneumático en nuestro espíritu, Él es el propiciatorio donde Dios se reúne con nosotros y nos habla, y el Pastor y Guardián de nuestras almas, quien nos guía por sendas de justicia, es decir, nos ayuda a vivir a la justicia al hacernos andar conforme a nuestro espíritu—Ro. 3:25; 1 P. 2:24-25; Sal. 80:1; 23:3; Ro. 8:4:
- A. Cristo fue nuestro Redentor al morir sobre el madero (1 P. 2:24), y ahora, Él es el Pastor y Guardián de nuestras almas en la vida de resurrección dentro de nosotros (v. 25); como tal, Él puede guiarnos y suministrarnos con vida para que sigamos en Sus pisadas según el modelo de Su padecimiento (v. 21).
- B. Cuando tenemos una manera de vivir santa y excelente, una reproducción de la vida de Cristo en medio de nuestras tribulaciones, los incrédulos verán “con sus propios ojos vuestras buenas obras” y glorificarán “a Dios en el día de la visitación”: el día cuando Dios velará por Su pueblo peregrino, como un pastor vela por sus ovejas errantes, y cuando llegará a ser el Pastor y Guardián de sus almas; cuando Dios viene a visitarnos, ése es el día de la visitación—vs. 11-12, 25; Lc. 1:68, 78; 19:44.
- C. Cristo, quien es el Pastor y Guardián de nuestras almas, nos pastorea cuidando del bienestar de nuestro ser interno y al velar por la condición de nuestra verdadera persona—1 P. 2:25:
1. Su pastoreo regula nuestra mente, conforta nuestra parte emotiva y dirige y guía nuestra voluntad; Él nos dirige al lugar correcto (tal como guió a Su pueblo a la buena tierra, la cual representa al Cristo todo-inclusivo) y nos

- guía al sitio exacto (así como condujo a Su pueblo al monte de Sión, el cual representa los vencedores que son la realidad del Cuerpo de Cristo)—Éx. 15:13, 17.
2. Su pastoreo hace que nosotros le amemos a Él y nos amemos también unos a otros, a fin de que el amor predomine en la vida de iglesia—1 P. 1:8, 22; 2:17; 3:8; 4:8; 2 P. 1:7.
 3. Cristo, quien es el Anciano, el Guardián, de nuestras almas opera dentro de los ancianos apropiados de la iglesia, quienes son uno con Cristo, para velar por las almas de los santos al nutrirlos y cuidarlos con ternura—He. 13:17; Hch. 20:28-31; 1 P. 5:2.
 4. Para pastorear el rebaño de Dios se requiere que suframos por el Cuerpo de Cristo así como Cristo sufrió; esto será recompensado con la corona inmarcesible de gloria—Col. 1:24; 1 P. 5:1-4; Jn. 21:19; 2 P. 1:14; 1 P. 4:13.
- IV. Para seguir las pisadas de Cristo a fin de vivir a Cristo al padecer persecución (1:6-7; 2:18-25; 3:8-17; 4:12-19), debemos armarnos del mismo sentir (manera de pensar) que tuvo Cristo en Sus padecimientos (v. 1; Fil. 2:5-11):
- A. La palabra *armaos* indica que la vida cristiana es una batalla; la manera de pensar de Cristo es un arma, una parte de la armadura que necesitamos para pelear la batalla por el reino de Dios—1 P. 4:1-2; cfr. Ef. 6:17-18.
 - B. Si hemos de llevar una vida que sigue en las pisadas de Cristo, necesitamos una mente renovada (Ro. 12:2; Ef. 4:23) que nos permita entender y conocer la manera en que Cristo vivió para cumplir el propósito de Dios (1 P. 2:21-23; 3:18-22).
 - C. El sufrimiento responde a la obra redentora de Cristo de rescatarnos de nuestra vana manera de vivir, guardándonos de una conducta pecaminosa, del desbordamiento de disolución (4:3-4); pasar por tal padecimiento, principalmente el de ser perseguidos, es experimentar la disciplina de Dios en Su trato gubernativo (vs. 6, 17).
 - D. Debemos regocijarnos al participar de los padecimientos de Cristo, y no extrañarnos por el fuego de tribulación, como si fuera algo extraño que nos estuviera aconteciendo—vs. 12-13.
 - E. Al sufrir persecución debemos mostrarles a los demás que tenemos a Cristo como Señor en nuestros corazones, debemos

estar constituidos de la verdad y debemos atender a nuestra conciencia—3:15-16; 1 Jn. 3:19-20.

- F. Si somos vituperados en el nombre de Cristo, somos bienaventurados, porque el Espíritu de gloria, que es el de Dios, reposa sobre nosotros—1 P. 4:14.
- G. Si sufrimos como cristianos, no debemos sentirnos avergonzados, sino más bien, debemos glorificar a Dios por llevar este nombre—vs. 15-16:
1. Un cristiano es un hombre de Cristo, alguien que es uno con Cristo, que no sólo le pertenece a Él, sino que también posee Su vida y naturaleza en una unión orgánica con Él, y que también vive por Él, e incluso le vive a Él en su vida diaria—2 Co. 4:7; Fil. 1:19-21a.
 2. Si sufrimos por ser esta clase de persona, no debiéramos sentirnos avergonzados, sino más bien, ser valientes en nuestra confesión a fin de magnificar a Cristo mediante nuestro modo de vivir santo y excelente, y así glorificar (expresar) a Dios en este nombre—v. 20; 1 Co. 10:31.

MENSAJE OCHO

LA VIDA CRISTIANA Y SUS PADECIMIENTOS

En el *Estudio-vida de 1 Pedro* el hermano Lee nos remite al bosquejo del libro de 1 Pedro. El hermano Lee invirtió mucho tiempo al escribir este bosquejo, y nosotros no debemos pasarlo por alto. Todos los bosquejos de la Versión Recobro fueron escritos de forma muy deliberada. En el *Estudio-vida de 1 Pedro*, el hermano Lee dice:

La belleza del pensamiento de Pedro se puede apreciar en el bosquejo de esta epístola. Puedo testificar que invertí mucho tiempo en la elaboración del bosquejo de 1 Pedro. Esto no fue para mí una tarea fácil, pues me era extremadamente difícil determinar dónde trazar las líneas entre las diferentes secciones de este libro. Creo que sería muy provechoso a estas alturas considerar el bosquejo de 1 Pedro (págs. 174-175).

En esta coyuntura, el hermano Lee hizo algo muy extraordinario: él insertó todo el bosquejo de 1 Pedro en el mensaje del Estudio-vida.

El bosquejo de 1 Pedro tiene una introducción y una conclusión, y en medio de éstas dos tiene cinco secciones principales. En este mensaje abarcaremos la sección que está justo en la mitad del bosquejo, que es la parte principal del libro. Esta sección trata sobre la vida cristiana y sus sufrimientos (2:11—4:19). En esta sección se abarcan muchos puntos preciosos. El tema de los sufrimientos se trata en 1 Pedro de modo muy distinto de cómo se trata en cualquier otro libro del Nuevo Testamento.

**EL PROPÓSITO DE 1 PEDRO ES CONFIRMAR Y FORTALECER
A LOS CREYENTES QUE ESTÁN SUFRIENDO; LOS PADECIMIENTOS
SON USADOS PARA QUE ELLOS SE ARMEN CON UN MODO
DE PENSAR QUE RESISTE LA CARNE, A FIN DE QUE NO VIVAN
EN LAS CONCUPISCENCIAS DE LOS HOMBRES SINO EN LA VOLUNTAD
DE DIOS, A FIN DE QUE PUEDAN PARTICIPAR DE LOS PADECIMIENTOS
DE CRISTO Y REGOCIJARSE CUANDO SU GLORIA SE MANIFIESTE,
A FIN DE QUE SEAN TESTIGOS DE LOS PADECIMIENTOS DE CRISTO,
Y A FIN DE QUE SEAN PERFECCIONADOS, CONFIRMADOS,
FORTALECIDOS Y CIMENTADOS CON MIRAS A LA GLORIA ETERNA
A LA CUAL DIOS LOS HA LLAMADO**

El propósito de 1 Pedro es confirmar y fortalecer a los creyentes

que están sufriendo; los padecimientos son usados para que ellos se armen con un modo de pensar que resiste la carne, a fin de que no vivan en las concupiscencias de los hombres sino en la voluntad de Dios (4:1-2), a fin de que puedan participar de los padecimientos de Cristo y regocijarse cuando Su gloria se manifieste (vs. 12-19), a fin de que sean testigos de los padecimientos de Cristo (5:1), y a fin de que sean perfeccionados, confirmados, fortalecidos y cimentados con miras a la gloria eterna a la cual Dios los ha llamado (vs. 8-10). Éste es el primer punto principal del bosquejo, el cual fue tomado de la nota 1 de 1 Pedro 1:6 y trata el tema de los padecimientos de los creyentes. El sufrimiento es algo que todos nosotros afrontamos en la vieja creación. Nadie puede decir que está exento del sufrimiento humano. Por lo tanto, el libro de 1 Pedro trata el tema del sufrimiento humano, especialmente el que ocurre en la vieja creación. En conjunto, hay quince versículos en este libro que tocan el tema del sufrimiento. Hoy en día vivimos en la vieja creación, y estamos “bajo la poderosa mano de Dios” (5:6) “en el día de la visitación” (2:12). Hoy conocemos Su poderosa mano y Su preciosa visitación.

Quisiera compartir una experiencia personal relacionada con el sufrimiento humano. Como todos sabemos, en la mañana del 11 de septiembre del 2001, dos aviones tripulados por terroristas impactaron las torres gemelas de la ciudad de Nueva York. Un querido hermano, quien formaba parte del liderazgo en una de las iglesias en Nueva Jersey, estaba trabajando en el nonagesimoquinto piso de una de las torres y murió. Cuando escuchamos estas noticias, todos nos quedamos estupefactos. Los hermanos me pidieron que fuera allí a compartirles unas palabras de consuelo a los santos. No sabía qué decir; lo sucedido era una tragedia tan grande que yo no podía contener mi tristeza. Finalmente, empecé a leer el *Estudio-vida de 1 Pedro* y me sentí muy consolado por estos mensajes que hablan de la vida cristiana y sus padecimientos y el resultado positivo que tienen dichos padecimientos. Así que, durante la reunión de conmemoración les dije a los santos que no tenía mucho que compartirles. En lugar de ello, los remití a la Palabra de Dios y a las palabras del ministerio halladas en las notas de la Versión Recobro. Leí para ellos la nota 1 de 1 Pedro 1:6 en su totalidad. La primera parte de la nota dice:

El propósito de este libro es confirmar y fortalecer a los creyentes que sufren, quienes han sido escogidos por Dios, santificados y apartados del mundo para Dios por el Espíritu,

rociados por la sangre redentora de Cristo y regenerados por Dios el Padre para una esperanza viva, para una herencia reservada en los cielos para ellos (vs. 1-4), pero quienes son todavía peregrinos por esta tierra (vs. 1, 17; 2:11). En su peregrinaje los sufrimientos son inevitables.

Esta nota introduce el asunto de los sufrimientos de los creyentes según 1 Pedro. A medida que los creyentes llevan una vida de peregrinos en esta tierra, los sufrimientos son inevitables e ineludibles.

Los diez puntos que mencionaremos acerca del tema de los padecimientos fueron extraídos del libro de 1 Pedro. Los primeros cuatro puntos son observaciones generales en cuanto a los sufrimientos, y los últimos seis hablan acerca del propósito y la meta de los sufrimientos, y de éstos, los últimos cuatro fueron tomados directamente de la nota 1 de 1 Pedro 1:6.

El sufrimiento está en conformidad con la voluntad de Dios

En primer lugar, el sufrimiento está en conformidad con la voluntad de Dios. Es la voluntad de Dios que suframos. En 1 Pedro 4:19 leemos: “De modo que también los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, haciendo el bien”. Hay cierta clase de sufrimiento que está en conformidad con la voluntad de Dios, y aquellos que están experimentando este tipo de sufrimiento deben encomendar sus almas al fiel Creador. Hablando con propiedad, la mención de *Dios* en el versículo 19 no se refiere a nuestro Padre de la nueva creación, sino a nuestro Creador de la vieja creación. La nota 5 dice que *Creador* no se refiere “a Dios como Creador de la nueva creación en el nuevo nacimiento, sino como Creador de la antigua creación. La persecución es un sufrimiento en la antigua creación”. En este mensaje no estamos hablando del quebrantamiento del hombre exterior que es necesario para experimentar la vida interna, ni de ser crucificados juntamente con Cristo para acabar con el pecado y el yo, pues no tiene que ver principalmente con esta esfera, sino que trata sobre los sufrimientos que experimentamos en la esfera de la vieja creación. Todos nosotros vivimos en la vieja creación. La vieja creación pasará, pero, antes de que eso suceda, tenemos que vivir en ella. El sufrimiento es algo que es según la voluntad de Dios en la vieja creación. Mientras vivamos en la vieja creación, tendremos sufrimientos.

El sufrimiento es común a todos los creyentes

En segundo lugar, el sufrimiento es común a todos los creyentes. No hay nadie que esté exento de los sufrimientos. En 1 Pedro 4:12 se nos dice: “Amados, no os extrañéis por el fuego de tribulación en medio de vosotros que os ha venido para ponerlos a prueba, como si alguna cosa extraña os aconteciese”. Cuando el sufrimiento nos sobreviene, no debemos considerarlo como si fuera algo extraño, pues es común. La nota 1 de este versículo dice: “La persecución ardiente es cosa común para los creyentes; ellos no deben considerarlo como algo extraño o ajeno ni les debe sorprender o asombrar”.

Hemos sido llamados a sufrir

En tercer lugar, hemos sido llamados a sufrir. Como cristianos somos llamados a muchas cosas positivas, tales como la vida eterna, pero también somos llamados a sufrir. Tal vez no hayamos pensado esto, pero 1 Pedro 2:20-21 nos lo dice claramente: “¿Qué gloria es si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es gracia delante de Dios. Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por vosotros, dejándoos un modelo, para que sigáis Sus pisadas”. Si sufrimos cuando hacemos lo bueno, eso es gracia delante de Dios, “pues para esto fuisteis llamados”. Fuimos llamados a hacer lo bueno y a sufrir.

El sufrimiento

es una característica de la manera de pensar de Cristo: la manera en que Cristo entiende y comprende las cosas

Cuarto, el sufrimiento es una característica de la manera de pensar de Cristo, esto es, la manera en que Cristo entiende y comprende las cosas. En 1 Pedro 4:1 dice: “Puesto que Cristo ha padecido en la carne, vosotros también armaos del mismo sentir; pues quien ha padecido en la carne, ha terminado con el pecado”. En el *Estudio-vida de 1 Pedro*, el hermano Lee dice:

La función principal de nuestra mente es la de entender y comprender. Por tanto, si queremos llevar una vida que siga las pisadas de Cristo, necesitamos una mente renovada (Ro. 12:2) que entienda y comprenda la manera en que Cristo vivió para cumplir el propósito de Dios [...] Armarnos del sentir de Cristo equivale a armarnos de los pensamientos y

conceptos de Cristo. Esto implica un cambio en nuestra manera de pensar. (págs. 249, 250)

Con respecto al sufrimiento, necesitamos tener el mismo concepto de Cristo, Su lógica. Cristo tiene la mentalidad de sufrir. Si le preguntáramos a Cristo cuál es Su lógica, Él nos diría: “Mi lógica es el sufrimiento”. La frase *el mismo sentir* que aparece en 4:1 significa tener el mismo modo de pensar que Cristo, una mente que acepta los sufrimientos en la carne.

Estos primeros cuatro puntos son observaciones generales en cuanto al sufrimiento de los creyentes. Los siguientes seis puntos tienen que ver con el propósito del sufrimiento. Sin embargo, antes de abordar los siguientes seis puntos, debemos ver que el libro de 1 Pedro habla de un sufrimiento correcto y uno incorrecto. Los cristianos sufren, pero no todo tipo de sufrimiento es correcto, y no todo tipo de sufrimiento cumplirá el propósito que Dios tiene al permitir que los creyentes sufran.

Tres clases de sufrimientos que no son correctas

Hay tres clases de sufrimientos que no son correctas. En primer lugar, en 2:20 encontramos un sufrimiento causado por el pecado: “¿Qué gloria es si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es gracia delante de Dios”. Luego en 3:17 se menciona el sufrimiento como consecuencia de hacer el mal: “Mejor es que padezcáis haciendo el bien, si la voluntad de Dios así lo quiere, que haciendo el mal”. Un creyente puede hacer algo malo y después sufrir. Luego en 4:15 se nos habla del sufrimiento que alguno padece “como homicida, o ladrón o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno”. Una persona que se entremete en lo ajeno es uno que vigila, un “obispo”, uno que observa los asuntos de los demás. En 1 Pedro hay cuatro casos en los que se usa alguna forma de la palabra griega *epískopos*, la cual significa “obispo” o “uno que vigila”. Las palabras *visitación* de 2:12, *Guardián* de 2:25, *velando* de 5:2, y *entremeterse* de 4:15, tienen la misma raíz griega. En 2:12 el día de la visitación de Dios es el día cuando Dios cuida y vigila a Su pueblo. En 2:25 Cristo es el Pastor y Guardián de nuestras almas. Luego en 5:2 los ancianos entre nosotros son aquellos que velan, a quienes se les exhorta “[pastorear] el rebaño de Dios que está entre vosotros, velando sobre él, no por fuerza, sino voluntariamente, según Dios”. Por último, en 4:15 se mencionan personas que se entremeten en lo ajeno. Si un

creyente se entremete en lo ajeno, y sufre a causa de ello, dicho sufrimiento sería un sufrimiento incorrecto.

Cinco clases de sufrimientos que son correctas

Hay cinco clases de sufrimiento que son correctas. Primero, hay sufrimiento que uno padece al ser tratado injustamente. En 1 Pedro 2:19 se nos dice: “Esto es gracia, si alguno por tener consciencia de Dios sufre aflicción padeciendo injustamente”. Segundo, hay un sufrimiento padecido por haber hecho lo bueno (v. 20; 3:17). Tercero, hay cierto sufrimiento que uno padece porque no responde con injuria, lo cual se menciona en 2:23: “Quien cuando le injuriaban, no respondía con injuria”. Cuando somos injuriados y no respondemos con injuria, experimentamos cierta clase de sufrimiento. Cuarto, hay un sufrimiento que se padece por causa de la justicia. Esto lo vemos en 3:14, que dice: “Aun si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois”. Quinto, tenemos el sufrimiento por causa del nombre de Cristo. En 4:14 se nos dice: “Si sois vituperados en el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el Espíritu de gloria, que es el de Dios, reposa sobre vosotros”. Las dos últimas clases de sufrimiento corresponden a las dos últimas bienaventuranzas de Mateo 5: “Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por Mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo” (vs. 10-11). Según 1 Pedro 4:14, el resultado de ser vituperados en el nombre de Cristo es que el Espíritu de gloria reposa sobre nosotros. En Mateo 5 el resultado de ser perseguidos y vituperados es que nos regocijamos y exultamos (v. 12). Por lo tanto, éstos son sufrimientos correctos.

Cuando Pedro habla de los sufrimientos, él no se refiere principalmente al sufrimiento que experimentamos por haber hecho algo malo. Si pecando somos abofeteados, y lo soportamos, ello no tiene ninguna gloria (1 P. 2:20). No es este tipo de sufrimiento del cual estamos hablando en este mensaje; más bien, estamos examinando aquellos casos en los que sufrimos injustamente por hacer lo bueno, cuando no respondemos con injuria, cuando tenemos hambre de justicia y cuando somos vituperados en el nombre de Cristo. Mateo 5:4 dice: “Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados”. La nota 1 de este versículo dice:

Toda la situación del mundo está en contra de la economía de Dios. Satanás, el pecado, el yo, las tinieblas y la

mundanalidad predominan entre toda la gente de la tierra. La gloria de Dios es afrentada; Cristo es rechazado; el Espíritu Santo es estorbado; la iglesia está desolada; el yo es corrupto, y el mundo entero es maligno. Dios quiere que nos aflijamos por tal situación.

En tal situación, sufrimos. Sufrimos no por hacer lo malo, sino debido a que nos encontramos en dicha situación.

Los sufrimientos son usados por Dios para probar la fe de los creyentes

Hemos abarcado los primeros cuatro de los diez puntos que tratan sobre el sufrimiento presentado en 1 Pedro. Los seis puntos restantes son acerca del propósito y la meta del sufrimiento. El quinto punto nos dice que los sufrimientos son usados por Dios para probar la fe de los creyentes. En 1 Pedro 1:6-7 se nos dice: “En el cual vosotros exultáis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, seáis afligidos en diversas pruebas, para que la prueba de vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque percedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo”. Dios nos da sufrimientos, quizás al llevarse a un ser querido o al traernos alguna enfermedad, a fin de poner a prueba nuestra fe. Esto no significa que nuestra fe sea incierta, sino que al ser sometida a prueba, ella llegará a ser más preciosa. Si algo aún no ha sido sometido a prueba, no podremos darnos cuenta de lo precioso que es. Cuando somos puestos en una situación difícil, nuestra fe es probada. Es posible que sea puesta a prueba la fe que tenemos de que en el universo Dios existe. Pero cuando pasamos por esta prueba, la valoramos como un tesoro. Nos damos cuenta de que provino de Dios. Éste es el significado de 1:7: “Para que la prueba de vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque percedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo”. La prueba de nuestra fe —no nuestra fe por sí sola, sino la prueba de ésta— pueda ser hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo. La nota 1 de este versículo dice: “Es la prueba de la fe, no la fe misma, la que debe ser hallada en alabanza. (Es como un examen escolar de los estudios de un alumno: lo que se busca aprobar es el examen, no el estudio mismo del alumno)”. Cuando sea manifestado Jesucristo, algunos habrán pasado la prueba y recibirán alabanza, gloria y honra.

La prueba de nuestra fe mencionada en el versículo 7 está relacionada

con el futuro, “cuando sea manifestado Jesucristo”. Sin embargo, esta prueba está ocurriendo incluso ahora mismo, y mientras somos probados, mientras nuestra fe es probada con fuego, creemos y “[nos alegramos] con gozo inefable y colmado de gloria” (v. 8). Algunos santos están pasando por tribulaciones; se encuentran en una situación en la que su fe está siendo probada. Sin embargo, mientras se hallan en tales circunstancias, están llenos de gozo inefable y colmado de gloria. Las Escrituras también prometen que ellos recibirán alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo.

Esto lo podemos aclarar más al considerar cuatro asuntos: juicio, disciplina, persecución y sufrimientos. El juicio, como lo indican las notas del versículo 17 del capítulo 1, es algo negativo. La nota 1 dice:

Aquel que como Padre nos llamó, el Santo, nos regeneró para producir una familia santa: un Padre santo e hijos santos. Como hijos santos debemos andar de una manera santa. De otro modo, el Padre se convertirá en el Juez (4:17) y juzgará nuestra impiedad”.

La nota 2 dice:

Puesto que estas dos epístolas tienen que ver con el gobierno de Dios, se refieren repetidas veces al juicio de Dios y del Señor (2:23; 4:5-6, 17; 2 P. 2:3-4, 9; 3:7) como uno de los puntos principales [...] Mediante todos estos juicios el Señor Dios purificará todo el universo con el fin de tener un cielo nuevo y una tierra nueva destinados a un nuevo universo lleno de Su justicia (2 P. 3:13), para el deleite del Señor.

El juicio viene porque Dios nos disciplina a causa de las cosas que hemos hecho, y el juicio viene para que Dios pueda purificar todo el universo.

El gobierno de Dios es algo positivo, según lo indica la nota 1 de 1 Pedro 1:2: “Como linaje escogido de Dios, como Su elección, Su posesión personal, los peregrinos dispersos y escogidos necesitan ver que están bajo el juicio gubernamental de Dios con un propósito positivo, sin importar la situación y el ambiente en que estén”. La disciplina gubernamental de Dios no es punitiva. Cuando un creyente se enferma, quizás se pregunte si Dios lo está castigando. Algunas veces éste puede ser el caso, pero muchas veces dicha enfermedad no tiene nada que ver con el castigo, sino con un propósito positivo.

Hebreos 12 indica que la disciplina es un asunto muy positivo. Primero, somos disciplinados porque el Señor nos ama: “El Señor al que

ama, disciplina, y azota a todo hijo que recibe” (v. 6). En segundo lugar, somos disciplinados porque somos hijos: “Es para vuestra disciplina que soportáis; Dios os trata como a hijos. Porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?” (v. 7). Tercero, somos disciplinados para lo que es provechoso, para que participemos de Su santidad: “Ellos [nuestros padres en la carne], por pocos días nos disciplinaban como les parecía, pero Él [el Padre de los espíritus] para lo que es provechoso, para que participemos de Su santidad” (v. 10). Cuarto, somos disciplinados a fin de producir el fruto de justicia: “Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que por ella han sido ejercitados” (v. 11). Esta clase de disciplina produce santidad y justicia. En el versículo 11 la palabra griega traducida “han sido ejercitados” tiene la misma raíz que la palabra *gimnasio*. Una persona va a un gimnasio no por castigo sino por un propósito positivo. Asimismo, la disciplina que Dios nos administra en la vieja creación es Su manera de adiestrarnos para un propósito: que participemos de Su santidad y demos fruto apacible de justicia.

La persecución es inevitable. Cuando algunos creyentes sufren, puede ser que se pregunten si ello se debe al diablo. En 1 Pedro 5:8-9 se nos muestra que el diablo definitivamente juega un papel en nuestros sufrimientos. El versículo 8 dice que “el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar”. Luego el versículo 9 dice que “los mismos padecimientos se van cumpliendo en la hermandad vuestra que está en el mundo”. Por lo tanto, los sufrimientos que se van cumpliendo en la hermandad son causados por el león rugiente. Nosotros, como cristianos, vivimos en un mundo que está alejado de Dios, ultraja la gloria de Dios, rechaza a Cristo y estorba al Espíritu Santo; ciertamente encontraremos persecución. Si deseamos ser cristianos apropiados en el mundo, seremos perseguidos, ya sea física o psicológicamente. El sufrimiento es usado para poner a prueba nuestra fe, de modo que la prueba de nuestra fe llegue a ser algo más precioso que el oro.

**Seguir las pisadas de Cristo es seguirlo a Él
en el sufrimiento que experimentó
por hacer lo bueno**

El sexto punto en cuanto al sufrimiento es que seguir las pisadas de Cristo es seguirlo a Él en el sufrimiento que experimentó por hacer lo

bueno (2:20-21). Sufrimos porque también Cristo sufrió, es decir, porque los sufrimientos son las pisadas que Cristo dejó. Si queremos seguir Sus pisadas, sufriremos. El libro de Hebreos nos habla acerca de entrar en el Lugar Santísimo (10:19, 22) y de salir a Él, fuera del campamento (13:13). El Lugar Santísimo está en nuestro espíritu, en la esfera celestial, pero vivimos en una esfera terrenal, en la vieja creación. Por lo tanto, debemos seguir las pisadas de Aquel que padeció fuera de la puerta (v. 12). Éstas son las pisadas del Dios-hombre, y Su vida es una vida de sufrimientos. Él sufrió a lo largo de toda Su vida, del pesebre a la cruz. Cristo nos dejó un modelo —no sólo en cuanto a expresar a Dios en Su vivir haciendo lo bueno, sino también en cuanto a sufrir mientras hacía lo bueno— a fin de que nosotros sigamos Sus pisadas.

Cristo experimentó al menos tres clases de sufrimiento. Primero, Él sufrió por nuestros pecados. En 1 Pedro 3:18 leemos: “También Cristo padeció una sola vez por los pecados, el Justo por los injustos, para llevaros a Dios”. Nosotros no tenemos parte en esta clase de sufrimiento. Segundo, Cristo sufrió como un modelo de hacer lo bueno (2:21-23). Tercero, Cristo padeció en la carne. En 1 Pedro 4:1 se nos dice: “Puesto que Cristo ha padecido en la carne, vosotros también armaros del mismo sentir; pues quien ha padecido en la carne, ha terminado con el pecado”. Por estar en la carne, Cristo sufrió. Este sufrimiento termina con el pecado. No debemos preguntarnos si Cristo hubiera pecado si no hubiera sufrido; antes bien, debemos decir el amén a la Palabra de Dios. La Palabra de Dios dice que Cristo padeció en la carne. Por consiguiente, debemos armarnos del mismo sentir, pues quien ha padecido en la carne, ha terminado con el pecado.

**Los sufrimientos son usados
para armar a los creyentes
con un modo de pensar que lucha contra la carne
a fin de que no vivan en la carne,
sino en la voluntad de Dios**

Séptimo, los sufrimientos son usados para armar a los creyentes con un modo de pensar que lucha contra la carne (vs. 1-2). Cuando sufrimos, no estamos tanto en la carne, debido a que el sufrimiento atenúa las concupiscencias de la carne. La nota 4 del versículo 1 dice:

El placer enciende las concupiscencias de nuestra carne (v. 2), mientras que el sufrimiento las atenúa. El propósito de la

obra redentora de Cristo es liberarnos de la vana manera de vivir que heredamos (1:18-19). El sufrimiento corresponde a la obra redentora de Cristo al cumplir este propósito, y nos preserva de una manera de vivir pecaminosa, de una disolución desbordada (4:3-4).

El sufrimiento no aniquila la carne, pero sí atenúa las concupiscencias de la misma y las restringe. Por lo tanto, el sufrimiento es usado para armar a los creyentes con un modo de pensar que lucha contra la carne; no debemos “vivir el tiempo que resta en la carne, en las concupiscencias de los hombres, sino en la voluntad de Dios” (v. 2). Los versículos 3 y 4 describen lo que es vivir en la carne; es estar en un “desbordamiento de disolución”. Sin embargo, sufrir en la carne hace que terminemos con el pecado.

**Sufrir nos permite participar
de los padecimientos de Cristo
y gozarnos en la revelación de Su gloria**

Octavo, a través de nuestros sufrimientos, podemos participar de los padecimientos de Cristo y gozarnos en la revelación de Su gloria (vs. 12-14); esto también equivale a conocer la comunión en los padecimientos de Cristo al ser configurados a Su muerte (Fil. 3:10). Cuando sufrimos, participamos en una comunión, la cual es la comunión en los padecimientos de Cristo: “A fin de conocerle, y el poder de Su resurrección, y la comunión en Sus padecimientos, configurándome a Su muerte” (v. 10). Debemos tener muy claro que los sufrimientos no son lo mismo que la muerte de Cristo. Tanto el hermano Nee como el hermano Lee decían que la muerte no es lo mismo que el sufrimiento; antes bien, la muerte significa aniquilamiento. El sufrimiento no nos aniquila, sino que, en vez de ello, nos pone en una situación en la que podemos participar de los padecimientos de Cristo, participamos en Sus sufrimientos. En 1 Pedro 4:12 se nos dice: “Amados, no os extrañéis por el fuego de tribulación en medio de vosotros que os ha venido para ponerlos a prueba, como si alguna cosa extraña os aconteciese”. No debemos considerar que el fuego de la tribulación es cosa extraña; más bien, debemos considerar que esto es cosa común. Los versículos 13 y 14 dicen: “Sino gozaos por cuanto participáis de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de Su gloria os gocéis con gran alegría. Si sois vituperados en el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el Espíritu de gloria, que es el de Dios, reposa sobre

vosotros”. Cuando participamos en los padecimientos de Cristo, el Espíritu de gloria, que es el de Dios, reposa sobre nosotros. En 1 Pedro se menciona primero al Espíritu como el Espíritu que santifica (1:2), luego como el Espíritu de Cristo (v. 11), después como el Espíritu Santo (v. 12) y, por último, como el Espíritu de gloria y de Dios (4:14). Éstas son las expresiones extraordinarias que usa Pedro en relación con el Espíritu.

Somos hechos testigos de los padecimientos de Cristo

Noveno, nuestros sufrimientos tienen como propósito que seamos hechos testigos de los padecimientos de Cristo. En 1 Pedro 5:1 se nos dice: “Exhorto a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que ha de ser revelada”. Éste es un pasaje particular dirigido a los ancianos. Los ancianos, quienes eran compañeros de Pedro, eran testigos de los padecimientos de Cristo. Mediante sus sufrimientos llegaron a ser testigos de los padecimientos de Cristo. Ellos no sólo conocían los padecimientos de Cristo de forma doctrinal, sino que por experiencia propia eran testigos de Sus padecimientos. La porción asignada a los ancianos es ser testigos de los padecimientos de Cristo.

Los sufrimientos nos perfeccionan, confirman, fortalecen y cimientan para que participemos de la gloria eterna a la cual Dios nos llamó

El décimo punto en cuanto al tema del sufrimiento en 1 Pedro es que los sufrimientos tienen un resultado positivo: nos perfeccionan, confirman, fortalecen y cimientan para que participemos de la gloria a la cual Dios nos llamó (vs. 8-10). Dios nos ama y nos disciplina a fin de que, como hijos suyos, seamos perfeccionados, confirmados, fortalecidos y cimentados. Debemos resistir al diablo al estar “firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en la hermandad vuestra que está en el mundo” (v. 9). Entonces “el Dios de toda gracia, que os llamó a Su gloria eterna en Cristo Jesús, después que hayáis padecido un poco de tiempo, Él mismo os perfeccione, confirme, fortalezca y cimiente” (v. 10).

CRISTO, EL PRIMER DIOS-HOMBRE, Y SU VIDA DE PADECIMIENTOS ES UN MODELO PARA NOSOTROS; ES PRECISO QUE LLEVEMOS UNA VIDA QUE SEA UNA COPIA, UNA REPRODUCCIÓN DE LA VIDA DE CRISTO, LO CUAL ÚNICAMENTE ES POSIBLE AL DISFRUTARLO A ÉL COMO GRACIA EN MEDIO DE NUESTROS PADECIMIENTOS, DE MODO QUE ÉL MISMO, COMO ESPÍRITU VIVIFICANTE, CON TODAS LAS RIQUEZAS DE SU VIDA, SE REPRODUZCA EN NOSOTROS

Cristo, el primer Dios-hombre, y Su vida de padecimientos es un modelo para nosotros; es preciso que llevemos una vida que sea una copia, una reproducción de la vida de Cristo, lo cual únicamente es posible al disfrutarlo a Él como gracia en medio de nuestros padecimientos, de modo que Él mismo, como Espíritu vivificante, con todas las riquezas de Su vida, se reproduzca en nosotros (1 P. 2:18-25). En el libro *El vivir del Dios hombre*, el hermano Lee usa unas expresiones muy particulares para describir el vivir humano de Cristo. Él lo describe como un vivir “del pesebre a la cruz”. Toda la vida del Dios-hombre era una vida caracterizada por la cruz. Dice lo siguiente:

El vivir de Dios-hombre tiene un prototipo, el cual debe ser nuestro modelo. El vivir del primer Dios-hombre comenzó en el pesebre y llegó hasta la cruz. Al principio y al final de Su vida, se encuentran estas dos señales. Cuando yo era joven, no me atrevía a decir que me gustaban el pesebre y la cruz. Pero hoy me glorío al decir que llevo una vida cuyo principio es el pesebre y cuyo final es la cruz. Éste es el vivir del Dios-hombre. El Señor se humilló y fue obediente hasta la muerte, una muerte de cruz (Fil. 2:8). Él escogió esta clase de vida, empezando con el pesebre y terminando con la cruz.

Pedro dijo que puesto que Cristo sufrió en Su carne, nosotros también debemos armarnos del mismo sentir (1 P. 4:1). (pág. 26)

El hermano Lee relaciona el vivir del Dios-hombre con los sufrimientos de Cristo mencionados en 1 Pedro 4. Debemos tener un modo de pensar muy decidido a sufrir.

En el libro *La visión gloriosa y el camino de la cruz*, el hermano Lee habla de dos requisitos que son necesarios para servir al Señor: ver una visión gloriosa y tomar el camino de la cruz. Cuando estamos en nuestro espíritu, cuando entramos más allá del velo en el Lugar Santísimo,

recibimos una gloriosa visión. Pero cuando salimos fuera del campamento, fuera de la puerta, experimentamos el camino de la cruz

**En la vida de padecimientos que el Señor llevó,
Él era un hombre de oración**

En la vida de padecimientos que el Señor llevó, Él era un hombre de oración (Mt. 14:23; Mr. 1:35; Lc. 5:16; 6:12; 9:28; cfr. 1 P. 1:13; 4:7). En Su vida de sufrimientos del pesebre a la cruz, el Señor era un hombre de oración. Él oraba mucho, porque no asumía su posición como hombre según Su constitución natural. En el bosquejo del mensaje 10 del libro *El vivir del Dios-hombre* el hermano Lee comparte cinco puntos en cuanto al vivir del primer Dios-hombre como un hombre de oración. El primer Dios-hombre no oraba como hombre común que ofrece oraciones comunes a Dios; tampoco como un hombre supuestamente piadoso o devoto que ora a Dios de forma religiosa; ni como un hombre que busca a Dios y ora a Él procurándose logros y obtenciones divinas; ni siquiera como un simple hombre que busca a Cristo y ora con gran ahínco para obtener a Cristo en Su excelencia (Fil. 3:12-14, 8); más bien, oraba como un hombre en la carne que ora al Dios misterioso en la esfera divina y mística. El primer Dios-hombre era un hombre que era uno con Dios (Jn. 10:30); vivía continuamente en la presencia de Dios (Hch. 10:38c; Jn. 8:29; 16:32); confiaba en Dios y no en Sí mismo, en cualquier clase de sufrimiento o persecución que afrontara (1 P. 2:23b; Lc. 23:46); y en quien Satanás, el príncipe de este mundo, nada tenía (ninguna base, ni oportunidad, ni esperanza ni posibilidad de nada) (Jn. 14:30b). Éste es el vivir de un Dios-hombre.

Los versículos del 18 al 25 de 1 Pedro 2 dicen:

Criados, estad sujetos en todo temor a vuestros amos; no solamente a los buenos y comprensivos, sino también a los perversos. Porque esto es gracia, si alguno por tener consciencia de Dios sufre aflicción padeciendo injustamente. Pues ¿qué gloria es si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es gracia delante de Dios. Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por vosotros, dejándoos un modelo, para que sigáis Sus pisadas; el cual no cometió pecado, ni se halló engaño en Su boca; quien cuando le injuriaban, no respondía con injuria; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba todo al que

juzga justamente; quien llevó Él mismo nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero, a fin de que nosotros, habiendo muerto a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados. Porque vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Guardián de vuestras almas.

Éstos son los versículos principales que nos hablan de que Cristo, como el primer Dios-hombre, es nuestro modelo, y de nuestra necesidad de disfrutarlo a Él como gracia en medio de nuestros sufrimientos a fin de que Él se reproduzca en nosotros. El pensamiento aquí puede aplicarse en el contexto de todas las instituciones humanas: cómo ser un esclavo, cómo ser un esposo o una esposa, cómo ser ciudadanos en un estado donde hay injusticia. Específicamente dice que los criados deben estar sujetos no sólo a los amos buenos, sino también a los perversos. La gracia mencionada en estos versículos es algo hermoso, agradable y digno de acciones de gracias. Es gracia cuando sufrimos y no respondemos con injuria. Algunos de nosotros hemos sido adiestrados desde nuestra juventud a responder con injurias y a pensar que si no lo hacemos, actuamos como perdedores. Pero Cristo, al no responder con injuria, exhibe el más hermoso testimonio. Este testimonio es a lo que la Biblia llama gracia. La gracia denota algo muy agradable. Es por eso que algunas traducciones dicen: “Esto es agradable delante de Dios”. Lo que se describe en estos versículos es una persona que es agradable, grata y placentera. Es así como debe ser nuestra vida cristiana: una vida placentera, grata y agradable. Esto es gracia, la cual resulta de tener consciencia de Dios. No es el resultado de tener temor de nadie; más bien, vivimos de esta manera debido a que tenemos consciencia de Dios. Este modo de vivir es una gloria.

Según los versículos del 21 al 23, para esto fuimos llamados, para que sigamos las pisadas de Aquel que “no cometió pecado, ni se halló engaño en Su boca; quien cuando le injuriaban, no respondía con injuria”. En el mundo, cuando una persona es injuriada, ella responde con injuria; cuando la regañan, ella responde con otro regaño; y cuando alguien es sarcástico con ella, responde con sarcasmo. Ésta es la manera en que el mundo procede; cuando a una persona le dicen algo, ella responde de la misma manera. Sin embargo, Cristo no respondió de la misma manera.

Mateo 11:16-27 nos provee un excelente ejemplo de cómo el Señor respondió al rechazo y a los vituperios de los hombres. Antes de estos

versículos, Cristo había sido rechazado por las ciudades en las cuales Él había hecho la mayoría de Sus obras poderosas; sin embargo, Él no respondió de la misma manera. En lugar de ello, Él permaneció en íntima comunión con el Padre y enalteció al Padre. El versículo 25 dice: “En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te enaltezco, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las revelaste a los niños”. Este versículo revela tres asuntos relacionados con la manera en que el Señor respondió al rechazo. Primero, vemos que el Señor siempre estaba en comunión con el Padre, porque después de haber reprendido a Corazín, Betsaida y Capernaum, el versículo afirma que respondió al Padre. Esto indica que mientras el Señor reprendía a las ciudades, estaba en íntima comunión con el Padre, pues hablaba con el Padre y el Padre hablaba con Él. Segundo, al enaltecer al Padre, Cristo permitía que Dios fuera el Señor del cielo y de la tierra. Tercero, al enaltecer al Padre, demostraba que Él era alguien que encomendaba todo al Padre. Antes de aquel tiempo, Dios podría haber sido considerado el Señor únicamente de los cielos, pero debido a que ahora había un hombre que no respondía con injuria, sino que continuamente lo encomendaba todo a Dios, Dios llegó a ser no sólo el Señor del cielo, sino el Señor del cielo y de la tierra. Mientras Cristo sufría, encomendaba todo a Aquel que juzga justamente (1 P. 2:23). La frase *al que juzga justamente* indica que el Dios-hombre creía que hay un Dios y que Él juzga con justicia. Además, también indica que Cristo no esperaba un justo juicio de parte de los hombres; en vez de ello, Él lo encomendaba todo a Aquel que verdaderamente puede juzgar, esto es, a Aquel que juzga justamente.

En 1 Pedro 2:24 leemos: “Quien llevó Él mismo nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero, a fin de que nosotros, habiendo muerto a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados”. El madero alude a un lugar de maldición. La frase *nosotros, habiendo muerto a los pecados, vivamos a la justicia* nos habla de Su redención jurídica, la cual nos encamina en una senda de justicia. La frase *por cuya herida fuisteis sanados* indica que somos sanados no sólo por Su gloria, por Su exaltación, sino por Su herida. Amamos esta herida. Según Cantar de los cantares 1:13, la doncella que ama a Cristo lo considera como “un saquito de mirra / que reposa entre mis pechos”. Ella tiene la mirra en su seno toda la noche. La herida de Cristo objetivamente y de forma vicaria sanó nuestra herida, nuestro pecado.

**Puesto que los creyentes son los miembros de Su Cuerpo,
Su reproducción masiva y duplicación,
ellos copian al Señor en su espíritu,
aprendiendo de Él según el modelo que les dejó,
al tomar Su yugo (la voluntad del Padre)
y Su carga
(la obra que lleva a cabo la voluntad del Padre);
este yugo es fácil de llevar, no es gravoso,
y esta carga es ligera, no es pesada**

Puesto que los creyentes son los miembros de Su Cuerpo, Su reproducción masiva y duplicación, ellos copian al Señor en su espíritu, aprendiendo de Él según el modelo que les dejó, al tomar Su yugo (la voluntad del Padre) y Su carga (la obra que lleva a cabo la voluntad del Padre); este yugo es fácil de llevar, no es gravoso, y esta carga es ligera, no es pesada (Mt. 11:28-30; 1 P. 2:21; Ef. 4:20; 1 Co. 16:10). Mateo 11:28-30 dice: “Venid a Mí todos los que trabajáis arduamente y estáis cargados, y Yo os haré descansar. Tomad sobre vosotros Mí yugo, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque Mí yugo es fácil, y ligera Mí carga”. En estos versículos el Señor se nos presenta a Sí mismo como un modelo. Si deseamos aprender del Señor, debemos estudiar Mateo 11 detenidamente.

Ya hemos abarcado anteriormente estos tres puntos de los versículos del 16 al 27. Primero, mientras el Señor estaba siendo injuriado y rechazado, Él permaneció en comunión con el Padre; segundo, al enaltecer al Padre, Él permitió que Dios fuese el Señor del cielo y de la tierra; y tercero, Él enalteció al Padre. El hecho de que lo enaltciera fue la manera en que Él se encomendó. Él encomendó todo al Padre al enaltecerlo, diciendo: “Escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las revelaste a los niños”. Más aún, Él no se preocupó por el resultado de Su obra. En el versículo 28 Él dijo: “Venid a Mí todos los que trabajáis arduamente y estáis cargados, y Yo os haré descansar”. El trabajo arduo que se menciona aquí se refiere al trabajo y la lucha por ser exitosos en cualquier clase de trabajo. Cuando un santo sirve en las reuniones de niños y no obtiene buenos resultados, ese servicio puede convertirse en un trabajo arduo. El Señor le pide a tal persona que venga a Él para que pueda hallar descanso. Luego en el versículo 29 dijo: “Soy manso y humilde de corazón”. Éste es el Señor como nuestro

modelo. Él era manso y humilde. Ser manso significa que Él no se resistió a nada. Ser humilde significa que no tenía autoestima. Si una persona no tiene autoestima, no luchará por nada, puesto que es mansa y humilde. Finalmente, el versículo 30 dice: “Porque Mi yugo es fácil, y ligera Mi carga”.

Tanto Mateo 11 como 1 Pedro 2 hablan acerca del alma, ya que cuando padecemos persecución, la que sufre es nuestra alma. Cuando estamos atribulados por los sufrimientos, nuestra mente no sabe qué pensar. No podemos controlar nuestros pensamientos. Más aún, nuestras emociones están turbadas y nos es muy difícil tomar una decisión. Ésta es la razón por cual nuestra alma necesita un pastor y un guardián. Cuando tomamos el yugo del Señor, encontramos descanso para nuestra alma debido a que este yugo es fácil y Su carga es ligera.

Tomar el yugo del Señor significa tomar la voluntad del Padre, ser constreñidos por ella. Cuando tomamos este yugo, Cristo es reproducido en nosotros. Este yugo que logra esta reproducción no es el yugo de la carga del trabajo; en lugar de ello, es un yugo de gracia que nos restringe para que tengamos conciencia de Dios y lleguemos a ser agradables, placenteros, dignos de acciones de gracias y amables. Por el contrario, cuando somos tratados injustamente, nuestra reacción natural es responder con injuria. Sin embargo, siempre que luchamos por vindicarnos, no tenemos descanso. Pero cuando tomamos Su yugo, el cual es la gracia del Señor, éste nos restringe y nos moldea hasta hacernos una copia que es conforme a la imagen del Señor.

Cuando el sufrimiento, las injurias y la persecución nos sobrevienen, ¿cómo reaccionamos? Al considerar el ejemplo de Cristo, vemos tres puntos. Primero, según 1 Pedro 2:23, “cuando le injuriaban [a Cristo], no respondía con injuria”. Él no le daba el mismo tratamiento. No debemos considerar insignificante el no injuriar cuando somos injuriados. En este pasaje se hace referencia a dos cosas, el sufrimiento humano y las instituciones humanas. Existen muchas clases de instituciones humanas, incluyendo el gobierno, la familia y también la iglesia. Cualquier clase de institución humana involucra las relaciones humanas, y las relaciones humanas involucran el sufrimiento humano. No obstante, en cualquier institución humana, nuestra respuesta debe ser una manera de vivir excelente y hermosa.

Podemos ver, en 3:9, el segundo punto con respecto al ejemplo que Cristo nos dio: “No devolviendo mal por mal, ni injuria por injuria, sino por el contrario, bendiciendo, porque para esto fuisteis llamados,

para que heredaseis bendición”. Cuando estamos siendo injuriados o simplemente malentendidos, ¿cómo reaccionamos? No deberíamos responder con injuria, ya que hacer esto sería devolver mal por mal. Por el contrario, debemos bendecir a todos, ya que fuimos llamados para bendecir. No fuimos llamados para responder de la misma manera. El versículo 10 dice: “Porque: ‘El que desea amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua de mal, y sus labios de palabras engañosas’”. La nota 1 de este versículo explica: “Los días buenos son los días de lo bueno, o sea las cosas buenas, las bendiciones”. En 1 Pedro 2:22 se nos dice: “El cual no cometió pecado, ni se halló engaño en Su boca”. ¿Por qué este versículo menciona específicamente “Su boca”? Debido a que la manera de hablar de una persona es lo que manifiesta más claramente su reacción. La manera en que reaccionamos se da a conocer por la manera en que hablamos.

En Isaías 42:2-3 dice: “No gritará, ni alzaré su voz, / ni la hará oír en las calles. / No quebrará la caña cascada, / ni apagará el pábilo que humeare; / por medio de la verdad traerá justicia”. Éste es el Mesías, el Siervo de Jehová. Nadie lo escuchó vocear en las calles, y al mismo tiempo no quebró la caña cascada ni apagó el pábilo humeante. En lugar de ello, ejerció Su capacidad de consolar a las personas. El versículo 4 dice: “No se cansará ni desmayará”. En 50:4-6 se nos dice: “Jehová el Señor me dio lengua de sabios, / para saber hablar palabras al cansado; / despertará mañana tras mañana, / despertará mi oído para que oiga como los sabios. / Jehová el Señor me abrió el oído, / y yo no fui rebelde ni me volví atrás. / Di mi cuerpo a los heridores, / y mis mejillas a los que me mesaban la barba; / no escondí mi rostro de injurias y de esputos”. Este camino, esta senda, fue el camino que el Señor siguió para establecerse como modelo. Más aún, Él dice en el versículo 7: “Porque Jehová el Señor me ayudará, / por tanto no me avergoncé; / por eso puse mis rostro como un pedernal, / y sé que no seré avergonzado”. Esto nos lleva de regreso a 1 Pedro 3:10, que dice: “Porque: ‘El que desea amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua de mal, y sus labios de palabras engañosas’”. Según este versículo, cosas hermosas se manifiestan y expresan a través de la boca del creyente. Nuestra reacción puede ser cortante y con amargura o puede ser hermosa y placentera. El yugo del Señor es “fácil”, lo cual significa que es agradable y placentero, no cortante ni con amargura.

Vemos el tercer punto con respecto al ejemplo de Cristo en 1 Pedro 3:16: “Pero con mansedumbre y temor, teniendo buena conciencia,

para que en lo que hablan mal de vosotros sean avergonzados los que calumnian vuestra buena conducta en Cristo”. Una tercera manera de reaccionar a las injurias es responder con mansedumbre y temor, teniendo una buena conciencia. A esto nos referimos como una “buena conducta”. Una buena conducta no es simplemente una vida moralmente impecable, sino una conducta excelente y hermosa, en la cual la persona se sujeta al gobierno soberano de Dios.

Hace aproximadamente un año, llevé una pareja a la China. Anteriormente, esta pareja se había opuesto fuertemente al recobro del Señor y, en parte, eran responsables del hecho de que consideraran a las iglesias locales como una secta. En China ellos conocieron a un hermano que había sido encarcelado en 1983 por ser parte de una “secta”. Cuando lo encarcelaron, su hija tenía unos meses de nacida, y cuando salió, tenía dieciocho años. Esto produjo un daño profundo y era una terrible injusticia. Yo le pedí al hermano que le compartiera a esta pareja acerca de su experiencia. Cuando acabó de hablar, la pareja se quedó en completo silencio; sencillamente su sentimiento era demasiado profundo como para decir algo. Finalmente, le preguntaron: “Hermano, ¿cómo se siente usted? ¿Qué podría decir acerca de su experiencia?”. El hermano tenía muy poco que decir e inicialmente permaneció en silencio. Luego, unos minutos después, respondió: “Adoro a Dios, porque recibo todo como de parte de Él. Eso fue la soberanía de Dios y todo ha cooperado para bien”. Cuando la pareja escuchó este testimonio, se sintieron profundamente conmovidos. De hecho, este suceso fue lo que más recordaron del tiempo que pasaron en China. El testimonio de este hermano demuestra una excelente manera de vivir. Sin duda alguna, esto es algo hermoso.

Tenemos hermanos, “la hermandad vuestra que está en el mundo” (5:9), quienes están sufriendo. Nuestros hermanos han estado sufriendo por más de cincuenta años. Pero mientras han estado sufriendo, no han dicho ni una sola palabra para injuriar a aquellos que les han causado el sufrimiento. En lugar de ello, han orado por aquellos que los han perseguido. Hay otro hermano que ha estado encarcelado doce veces; casi la mitad de su vida la ha pasado en prisión. Sin embargo, lo que sale de su boca son bendiciones. En 1 Pedro 2:17 leemos: “Honrad a todos. Amad la hermandad. Temed a Dios. Honrad al rey”. Debemos honrar al rey debido a que tenemos temor de Dios, y no porque tengamos temor del hombre ni porque la ley no nos permita decir algo. Aun

si la ley nos permitiese injuriar, no diríamos ni una palabra porque vivimos teniendo conciencia de Dios.

Cuando hablo acerca de las cosas que han experimentado estos hermanos, me siento orgulloso de su testimonio. En 1 Pedro 5:9 se nos dice: “Al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en la hermandad vuestra que está en el mundo”. Actualmente estamos en una clase de institución humana diferente, y sufrimos otra clase de persecución, pero el principio es el mismo. Con respecto a este asunto me embargan muchos sentimientos. Respeto mucho el testimonio de estos hermanos; los respeto y los amo. Me gustaría decirles a aquellos que tienen autoridad: “Miren a nuestros hermanos. Ellos están sufriendo, pero no han respondido con injuria. En lugar de ello, oran por ustedes. ¿Se dan cuenta de que si ellos no oran por ustedes, probablemente nadie más lo haría? Mientras ellos sufren, oran por ustedes”. Esto es conforme al modelo de Cristo.

Hace algún tiempo me encontré el testimonio de un mártir llamado Tertuliano. Aprecio mucho este testimonio. Habla acerca de su actitud hacia las autoridades de la institución humana a la cual estaba sujeto:

El emperador pertenece a Aquel a quien le pertenecen el cielo y todas las criaturas. El emperador obtuvo su cetro de donde obtuvo su humanidad, su poder de donde obtuvo su aliento de vida. Tenemos nuestros ojos puestos en Dios y nuestras manos extendidas porque estamos libres de pecado, tenemos la cabeza descubierta porque no tenemos de qué avergonzarnos, y no necesitamos un apuntador porque nuestra oración es nacida del corazón.

Mientras alzamos nuestras manos a Dios, marcados con vuestros ganchos de hierro, colgados en cruces, envueltos en llamas, decapitados con espadas, arrojados las bestias contra nosotros: la postura de un cristiano en oración es una preparación para cualquier castigo. Haced esto, amables gobernantes, torturad el alma del cuerpo que ora por el emperador.

Oramos incesantemente por nuestros emperadores, para que tengan larga vida, un imperio pacífico, una dinastía segura, un mundo tranquilo, por cualquier cosa que el emperador pudiese desear, como hombre o como César. Únicamente he pedido estas cosas al Dios de quien sé que puedo obtenerlas, porque sólo Él puede concederlas y

porque las he pedido de Él como Su siervo que le rinde adoración únicamente a Él, que ha sido perseguido por Su enseñanza y que le ha ofrecido el más grande y bello sacrificio: una oración que se eleva de un cuerpo casto, un alma inmaculada, un espíritu santificado. Esta oración no consta de unos pocos granos de incienso que se pueden comprar con un centavo, no de unas pocas gotas de vino, no de la sangre de un toro vil para el cual la muerte es un alivio, ni —además de toda la inmundicia mencionada— tampoco una conciencia contaminada.

Este testimonio no es objetivo, sino muy subjetivo.

CUANDO EL SEÑOR SE OFRECIÓ A SÍ MISMO
EN SACRIFICIO EN LA CRUZ,
ÉL LLEVÓ NUESTROS PECADOS EN SU CUERPO SOBRE LA CRUZ,
QUE ERA EL VERDADERO ALTAR DE LA PROPICIACIÓN;
AHORA, EN SU RESURRECCIÓN, COMO EL CRISTO PNEUMÁTICO
EN NUESTRO ESPÍRITU, ÉL ES EL PROPICIATORIO
DONDE DIOS SE REÚNE CON NOSOTROS Y NOS HABLA,
Y EL PASTOR Y GUARDIÁN DE NUESTRAS ALMAS,
QUIEN NOS GUÍA POR SENDAS DE JUSTICIA,
ES DECIR, NOS AYUDA A VIVIR A LA JUSTICIA
AL HACERNOS ANDAR CONFORME A NUESTRO ESPÍRITU

Cuando el Señor se ofreció a Sí mismo en sacrificio en la cruz, Él llevó nuestros pecados en Su cuerpo sobre la cruz, que era el verdadero altar de la propiciación; ahora, en Su resurrección, como el Cristo pneumático en nuestro espíritu, Él es el propiciatorio donde Dios se reúne con nosotros y nos habla, y el Pastor y Guardián de nuestras almas, quien nos guía por sendas de justicia, es decir, nos ayuda a vivir a la justicia al hacernos andar conforme a nuestro espíritu (Ro. 3:25; 1 P. 2:24-25; Sal. 80:1; 23:3; Ro. 8:4). El propio Señor llegó a ser nuestro ejemplo, y ahora nos ha abierto el camino para que nosotros sigamos por la misma dirección. Este camino se inició cuando se ofreció a Sí mismo en el madero, que es el altar para la propiciación, la cruz, y continúa cuando lo experimentamos como el Pastor y el Guardián de nuestras almas en Su resurrección, guiándonos hacia el lugar de la propiciación en el Lugar Santísimo.

Salmo 80:1 dice: “Oh Pastor de Israel, escucha; / Tú que pastoreas como a ovejas a José, / Que estás entre querubines, resplandece”. El Pastor de Israel es el que está entre querubines. Esto significa que

mientras que Él es el Pastor y Guardián de nuestras almas, nos guía desde el lugar de maldición, el madero, hasta el lugar de la propiciación en el Lugar Santísimo. Éste es un pensamiento muy profundo. Significa que toda nuestra vida cristiana es una vida en la cual Cristo nos guía desde el altar hasta el Lugar Santísimo. El hermano Lee dice en el *Estudio-vida de Hebreos* que este trayecto tiene la forma de una cruz, con muchas sendas y giros. Él dice:

Necesitamos que la cruz elimine todos los elementos negativos que hay en nosotros. Como dije antes, la distribución de los muebles del tabernáculo tenía la forma de una cruz. El camino en Cristo tiene la forma de una cruz. De hecho, el camino es la cruz. Cuando empezamos a andar por él, junto al altar en el atrio, nos encontramos llenos de elementos negativos, tales como el pecado, el mundo, la carne, las concupiscencias y Satanás. Pero a medida que avanzamos por las sendas, y damos los giros necesarios, estos elementos negativos van siendo eliminados. Finalmente, cuando llegamos al Arca del Testimonio en el Lugar Santísimo, somos personas purificadas. Repito que todos los elementos negativos son eliminados en cada uno de los giros que forman las sendas. Lo que permanece después de haber efectuado dichos giros es una humanidad resucitada y elevada, la cual es apta para mezclarse con la divinidad. (pág. 631)

Las diversas sendas son los caminos que conducen a Sion.

La cruz es el símbolo de nuestra vida cristiana en la tierra, una vida en la cual estamos siendo conducidos del altar al lugar de la propiciación por el Pastor y Guardián de nuestras almas, quien nos pastorea en los caminos que conducen a Sión. Según el salmo 84, estos caminos siempre pasan por el valle de lágrimas. Los versículos 5 y 6 dicen: “Bienaventurado el hombre que tiene en Ti sus fuerzas, / En cuyo corazón están tus caminos. / Atravesando el valle de lágrimas lo cambian en fuente, / Cuando la lluvia llena los estanques”. A pesar de que estamos siendo conducidos por el camino del sufrimiento, al final está Dios, nuestro sol y escudo, nuestra gracia y gloria. Los versículos 11 y 12 dicen: “Sol y escudo es Jehová Dios; / Gracia y gloria dará Jehová. / No quitará el bien a los que andan en integridad. / Jehová de los ejércitos, / Dichoso el hombre que en Ti confía”. Los que andan en integridad son los que andan en caminos de justicia. Estamos capacitados para andar de esta manera porque Cristo llevó nuestros pecados a la cruz, para que

nosotros que hemos muerto al pecado, podamos vivir a la justicia. Por tanto, ahora estamos andando en caminos de justicia.

Éxodo 15:13 dice: “Condujiste en Tu misericordia a este pueblo que redimiste; / Lo llevaste con Tu poder a Tu santa morada”. El destino es la santa morada de Dios. El versículo 17 dice: “Tú los introducirás y los plantarás en el monte de Tu heredad, / En el lugar de Tu morada, que Tú has preparado, oh Jehová, / En el santuario que Tus manos, oh Jehová, han afirmado”. El Pastor y Guardián de nuestras almas nos está guiando en este recorrido por la cruz, en el camino del sufrimiento, y Él nos está conduciendo y guiando a un lugar muy específico. La dirección que Él nos da es el verdadero GPS (sistema de posicionamiento global) espiritual que nos está guiando a la “longitud” y “latitud” exactas donde está Su habitación, Su propia morada, donde Él es nuestro sol y nuestro escudo, nuestra gracia y nuestra gloria. Éste es el camino de la cruz.

**Cristo fue nuestro Redentor al morir sobre el madero,
y ahora, Él es el Pastor y Guardián de nuestras almas
en la vida de resurrección dentro de nosotros; como tal,
Él puede guiarnos y suministrarnos con vida para que sigamos
Sus pisadas según el modelo de Su padecimiento**

Cristo fue nuestro Redentor al morir sobre el madero (1 P. 2:24), y ahora, Él es el Pastor y Guardián de nuestras almas en la vida de resurrección dentro de nosotros (v. 25); como tal, Él puede guiarnos y suministrarnos con vida para que sigamos Sus pisadas según el modelo de Su padecimiento (v. 21). Primero tenemos el modelo, y luego las pisadas para que nosotros las sigamos.

**Cuando tenemos una manera de vivir santa y excelente,
una reproducción de la vida de Cristo
en medio de nuestras tribulaciones, los incrédulos verán
“con sus propios ojos vuestras buenas obras”
y glorificarán “a Dios en el día de la visitación”:
el día cuando Dios velará por Su pueblo peregrino,
como un pastor vela por sus ovejas errantes,
y cuando llegará a ser el Pastor y Guardián de sus almas;
cuando Dios viene a visitarnos, ése es el día de la visitación**

Cuando tenemos una manera de vivir santa y excelente, una reproducción de la vida de Cristo en medio de nuestras tribulaciones, los incrédulos verán “con sus propios ojos vuestras buenas obras” y

glorificarán “a Dios en el día de la visitación”: el día cuando Dios velará por Su pueblo peregrino, como un pastor vela por sus ovejas errantes, y cuando llegará a ser el Pastor y Guardián de sus almas; cuando Dios viene a visitarnos, ése es el día de la visitación (vs. 11-12, 25; Lc. 1:68, 78; 19:44). El día de Su visitación es el día de Su pastoreo, Su vigilancia. Es el día en el cual Dios vela por Su pueblo peregrino, así como un pastor vela por a sus ovejas errantes, y lo conduce en el transcurso del viaje tipificado por el tabernáculo, hasta llevarlo al Lugar Santísimo, llegando a ser de este modo el Pastor y Guardián de sus almas.

**Cristo, quien es el Pastor y Guardián
de nuestras almas, nos pastorea cuidando
del bienestar de nuestro ser interno
y velando por la condición de nuestra verdadera persona**

Cristo, quien es el Pastor y Guardián de nuestras almas, nos pastorea cuidando del bienestar de nuestro ser interno y velando por la condición de nuestra verdadera persona (1 P. 2:25).

*Su pastoreo regula nuestra mente,
conforta nuestra parte emotiva y dirige y guía nuestra voluntad;
Él nos dirige al lugar correcto
(tal como guió a Su pueblo a la buena tierra,
la cual representa al Cristo todo-inclusivo)
y nos guía al sitio exacto
(así como condujo a Su pueblo al monte de Sión,
el cual representa los vencedores que son
la realidad del Cuerpo de Cristo)*

Su pastoreo regula nuestra mente, conforta nuestra parte emotiva y dirige y guía nuestra voluntad; Él nos dirige al lugar correcto (tal como guió a Su pueblo a la buena tierra, la cual representa al Cristo todo-inclusivo) y nos guía al sitio exacto (así como condujo a Su pueblo al monte de Sión, el cual representa los vencedores que son la realidad del Cuerpo de Cristo) (Éx. 15:13, 17). Él nos conduce al lugar correcto, el cual es más bien general, y nos guía al sitio exacto, el cual es muy específico.

*Su pastoreo hace que nosotros le amemos a Él
y nos amemos también unos a otros,
a fin de que el amor predomine en la vida de iglesia*

Su pastoreo hace que nosotros le amemos a Él y nos amemos

también unos a otros, a fin de que el amor predomine en la vida de iglesia (1 P. 1:8, 22; 2:17; 3:8; 4:8; 2 P. 1:7). Su pastoreo hace que purifiquemos nuestra alma a fin de que amemos a los hermanos con un amor no fingido. Las palabras *no fingido* significan que no hay ninguna máscara, que no es una farsa ni es una falsedad ni corresponde a la vana manera de vivir.

Cristo, quien es el Anciano, el Guardián, de nuestras almas opera dentro de los ancianos apropiados de la iglesia, quienes son uno con Cristo, para velar por las almas de los santos al nutrirlos y cuidarlos con ternura

Cristo, quien es el Anciano, el Guardián, de nuestras almas opera dentro de los ancianos apropiados de la iglesia, quienes son uno con Cristo, para velar por las almas de los santos al nutrirlos y cuidarlos con ternura (He. 13:17; Hch. 20:28-31; 1 P. 5:2). Los ancianos son testigos de los sufrimientos de Cristo.

Para pastorear el rebaño de Dios se requiere que suframos por el Cuerpo de Cristo así como Cristo sufrió; esto será recompensado con la corona inmarcesible de gloria

Para pastorear el rebaño de Dios se requiere que suframos por el Cuerpo de Cristo así como Cristo sufrió; esto será recompensado con la corona inmarcesible de gloria (Col. 1:24; 1 P. 5:1-4; Jn. 21:19; 2 P. 1:14; 1 P. 4:13). Primero, Cristo anduvo; segundo, Él nos guía para que nosotros andemos donde Él anduvo; tercero, hace que nosotros guiemos a otros a andar por el mismo camino. Los pastores son aquellos que guían a otros a andar.

**PARA SEGUIR LAS PISADAS DE CRISTO
A FIN DE VIVIR A CRISTO AL PADECER PERSECUCIÓN,
DEBEMOS ARMARNOS DEL MISMO SENTIR (MANERA DE PENSAR)
QUE TUVO CRISTO EN SUS PADECIMIENTOS**

Para seguir las pisadas de Cristo a fin de vivir a Cristo al padecer persecución (1:6-7; 2:18-25; 3:8-17; 4:12-19), debemos armarnos del mismo sentir (manera de pensar) que tuvo Cristo en Sus padecimientos (v. 1; Fil. 2:5-11). Nos armamos, no con palabras agresivas ni con una actitud vindicadora, sino con el sentir de Cristo. El sentir de Cristo se refiere a la lógica de Cristo, a Su modo de pensar, esto es, a la manera en que Él entiende las cosas y las comprende.

La palabra *armaos* indica que la vida cristiana es una batalla; la manera de pensar de Cristo es un arma, una parte de la armadura que necesitamos para pelear la batalla por el reino de Dios

La palabra *armaos* indica que la vida cristiana es una batalla; la manera de pensar de Cristo es un arma, una parte de la armadura que necesitamos para pelear la batalla por el reino de Dios (1 P. 4:1-2; cfr. Ef. 6:17-18).

Si hemos de llevar una vida que sigue las pisadas de Cristo, necesitamos una mente renovada que nos permita entender y conocer la manera en que Cristo vivió para cumplir el propósito de Dios

Si hemos de llevar una vida que sigue las pisadas de Cristo, necesitamos una mente renovada (Ro. 12:2; Ef. 4:23) que nos permita entender y conocer la manera en que Cristo vivió para cumplir el propósito de Dios (1 P. 2:21-23; 3:18-22).

El sufrimiento responde a la obra redentora de Cristo de rescatarnos de nuestra vana manera de vivir, guardándonos de una conducta pecaminosa, del desbordamiento de disolución; pasar por tal padecimiento, principalmente el de ser perseguidos, es experimentar la disciplina de Dios en Su trato gubernativo

El sufrimiento responde a la obra redentora de Cristo de rescatarnos de nuestra vana manera de vivir, guardándonos de una conducta pecaminosa, del desbordamiento de disolución (4:3-4); pasar por tal padecimiento, principalmente el de ser perseguidos, es experimentar la disciplina de Dios en Su trato gubernativo (vs. 6, 17).

Debemos regocijarnos al participar de los padecimientos de Cristo, y no extrañarnos por el fuego de tribulación, como si fuera algo extraño que nos estuviera aconteciendo

Debemos regocijarnos al participar de los padecimientos de Cristo, y no extrañarnos por el fuego de tribulación, como si fuera algo extraño que nos estuviera aconteciendo (vs. 12-13).

**Al sufrir persecución debemos mostrarles a los demás
que tenemos a Cristo como Señor en nuestros corazones,
debemos estar constituidos de la verdad
y debemos atender a nuestra conciencia**

Al sufrir persecución debemos mostrarles a los demás que tenemos a Cristo como Señor en nuestros corazones, debemos estar constituidos de la verdad y debemos atender a nuestra conciencia (3:15-16; 1 Jn. 3:19-20). En 1 Pedro 3:15 se nos dice: “Santificad a Cristo como Señor en vuestros corazones, dispuestos siempre a presentar defensa ante todo el que os pida razón de la esperanza que hay en vosotros”. Esto es lo que significa estar constituidos de la verdad. El versículo 16 dice: “Pero con mansedumbre y temor, teniendo buena conciencia, para que en lo que hablan mal de vosotros sean avergonzados los que calumnian vuestra buena conducta en Cristo”. Necesitamos estar constituidos de la verdad, pero, al mismo tiempo, debemos conducirnos con mansedumbre y con temor, procurando mantener una buena conciencia.

**Si somos vituperados en el nombre de Cristo,
somos bienaventurados,
porque el Espíritu de gloria, que es el de Dios,
reposa sobre nosotros**

Si somos vituperados en el nombre de Cristo, somos bienaventurados, porque el Espíritu de gloria, que es el de Dios, reposa sobre nosotros (4:14).

**Si sufrimos como cristianos,
no debemos sentirnos avergonzados;
más bien, debemos glorificar a Dios
por llevar este nombre**

Si sufrimos como cristianos, no debemos sentirnos avergonzados; más bien, debemos glorificar a Dios por llevar este nombre (vs. 15-16).

*Un cristiano es un hombre de Cristo,
alguien que es uno con Cristo,
que no sólo le pertenece a Él, sino que también posee
Su vida y naturaleza en una unión orgánica con Él,
y que también vive por Él,
e incluso le vive a Él en su vida diaria*

Un cristiano es un hombre de Cristo, alguien que es uno con

Cristo, que no sólo le pertenece a Él, sino que también posee Su vida y naturaleza en una unión orgánica con Él, y que también vive por Él, e incluso le vive a Él en su vida diaria (2 Co. 4:7; Fil. 1:19-21a).

*Si sufrimos por ser esta clase de persona,
no debiéramos sentirnos avergonzados, sino más bien
ser valientes en nuestra confesión
a fin de magnificar a Cristo
mediante nuestro modo de vivir santo y excelente,
y así glorificar (expresar) a Dios en este nombre*

Si sufrimos por ser esta clase de persona, no debiéramos sentirnos avergonzados, sino más bien, ser valientes en nuestra confesión a fin de magnificar a Cristo mediante nuestro modo de vivir santo y excelente, y así glorificar (expresar) a Dios en este nombre (v. 20; 1 Co. 10:31). Espero que puedan ver este cuadro, el cual es muy positivo, y que sean consolados por este mensaje. Amén.—A.Y.